



LA CARIDAD

Se expresaba de este modo
cierto pobre madrileño
para el cual desde pequeño
la caridad era el todo:

—¡«Caridad! A ti acudí
y hallé sustento y abrigo.
Desde entonces te bendigo,
pues vivo gracias á ti.

Hay almas cuya bondad
le hace feliz á cualquiera.
¡Pobre de mí si no fuera
por la hermosa Caridad!»

Pero el bribón lo decía
por una chula llamada
Caridad López Quesada,
que era quien le mantenía.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

SIN PÚLPITO

PARA LOS TENORIOS

La costumbre del «requiebro» les hace creer que una mujer joven es siempre accesible, y la idea de tal *facilidad*, agigantada por la gula del vicio, es casi una «obligación» de la que no puede eludir la víctima á quien el cinismo lanza una vez los ojos, amoratados por la orgía.

Es fama, que en los Estados Unidos la mujer, por joven y bonita que sea, puede ir de uno á otro extremo del vasto imperio, atravesando pueblos y desiertos, y que en todas partes, en las fondas, en los caminos de hierro, en los vapores, en los teatros, en los paseos y los talleres, no encuentra más que atenciones y respeto.

Por este solo dato, creo yo en el porvenir de los dichos Estados, sin que necesiten hablarme para persuadirme, de la grandeza de ese porvenir, del comercio de los americanos, ni de su agricultura, ni del rápido acrecentamiento de sus poblaciones, como por encanto construídas, ni de su riqueza, ni de su prosperidad.

Basta con que me digan que una mujer joven puede ir desde el Norte al Mediodía, desde el Oriente al Poniente, cual si estuviera en todas partes cobijada por la mirada de su madre, para reconocer que hay en esa tierra una grande y vigorosa civilización.

Mucho de eso nos hace falta á nosotros, y mucho más valdremos el día en que prácticamente aprendamos que el respeto á la mujer, es decir, al ser más apto para inspirarlo, y menos á propósito para... defenderse, es el triunfo más grande de la ley moral, sobre la ley del «instinto.»

Se me objetará quizá, que ese respeto quien debe enseñarlo mejor es la misma mujer, y diré que estoy conforme. Pero aprendamos al menos, aprendan los *Tenorios* de salón y de esquina, á respetar á las que saben respetarse, á las que tienen de su honor y de los escrúpulos que inspiran, una idea clara, pura y delicada...

1895

ENRIQUE SEPÚLVEDA

NO TE CASES, MANUEL

¿Tú casarte, Manuel? ¡Qué desatino!
O al escribir tu carta estabas loco
ó tratas de engañarme como á un chino.

¿Eres tú el que llamabas hace poco
á la mujer conjunto abominable
de vanidad, maldades y descoco?

¿Tú, el criticón cruel é inexorable;
el constante adalid del celibato;
del matrimonio el émulo implicable?

Permite que me burle sin recato
al ver que convertido de repente
al yugo te presentas candidato.

Yo siempre te he creído consecuente,
y esa tu veleidad tan imprevista
me fuerza á sospechar que estás demente.

Me llamarás llorón y pesimista;
pero el verte á la boda decidido
no sabes cuánto y cuánto me contrista:

Antes de decidirte á ser marido,
que reflexiones, buen Manuel, te ruego,
y gracias me darás arrepentido.

La llama del amor te ha puesto ciego,
y es necesario al extinguirse ahora
privar que pueda consumirse luego.

Tu pasión durará lo que la aurora;
fugaces son su lumbre y sus colores,
y no serás feliz más de una hora.

Es el amor lo mismo que las flores:
vida, aroma y color las da el rocío
y el huracán las troncha en sus furores.

No olvides que en tu loco desvario
puede tronchar la flor de tu ventura
del desencanto el huracán impío.

¿Que vas á ser dichoso? ¡Qué locura!
todo físico piensa de esta suerte
cuando abriéndole están la sepultura.

Y es que la mano helada de la muerte,
al tratar de arrojarle en el abismo
bálsamo engañoso en su alma vierte.

No he dudado jamás de tu heroísmo;
pero, ¿podrás sufrir en calma un día
de la suegra el terrible despotismo?

Yo que un tiempo coloso te creía,
no te doy más valor que el de una rata
ni más entendimiento que una cría.

¿Hablarte á ti de amores? ¡Patarata!
¿Pensar en las mujeres? ¡Desatino!

¿Y qué has hecho por fin? Meter la pata.



Tú, detestando el sexo femenino,
indomable, feroz, gallardo y fiero,
concluyes por plagiar á Coradino.

Dar de barato, imaginarme quiero,
que va á ser tu mujer conjunto raro
de virtud, de belleza y de dinero;

Que ofreciéndote dichas sin reparo
y erigiéndose en juez de tu decoro,
brille tu honor en horizonte claro;

Que tenga de caricias un tesoro;
que te duerma al arrullo de un «¿Me quieres?»
y te haga despertar con un «¡Te adoro!»

Aunque sea el *non plus* de las mujeres,
dichoso vivirás una semana:
que se prolongue tu ilusión no esperes:

¿Comerías perdiz de buena gana,
á pesar de ser plato delicado,
si te la dan por noche y por mañana?

Piénsalo bien, el lance es arriesgado,
tú no ves más allá de tus narices
y estás, á lo que infiero, *amelonado*.

Recuerda el cuento aquel de las perdices;
recuerda que con esta carestía
es el desliz mayor de los deslices.

Pero si sigues terne en tu manía,
si el burlar mis pronósticos te alegra,
un postrimer consejo te daría:

Antes de ir al altar ¡mata á tu suegra!

LUIS TABOADA

HORIZONTES Á LA CARIDAD



Reconozco que las líneas siguientes serán un punto negro al lado de las joyas literarias que contiene el presente ÁLBUM; pero si lo que digo dista mucho de ser bello, en cambio será verdadero, y por su fin humanitario obtendrá la benevolencia de los lectores.

* * *

Preciso es convenir en que una de las ciudades del mundo que más encarnado tiene el sentimiento de la Caridad es Madrid.

Causa verdadera satisfacción ver de qué manera colectividades cuales los Distritos con sus Casas de Socorro, las Damas con sus juntas é instituciones, el Refugio por medio de sus rentas, el Ayuntamiento valiéndose de los bonos, jornales y colegios, la Dipu-

tación con sus establecimientos benéficos, y particulares como el ilustre arquitecto Marqués de Cubas, compartiendo con algunas señoras aristocráticas las horas de las tardes de invierno en el comedor de la Caridad, y otras distinguidísimas

personas, cuyos nombres sería largo enumerar, en Asilos de noche, comedores á diez céntimos ración, mandas, limosnas, visitas domiciliarias, viajes á baños y en mil otras formas... socorren á los muchos necesitados que existen.

¡Qué cuadro tan hermoso! Sería provechoso y consolador escribir un libro que contuviese relación de todas las formas en que

se realiza la caridad en Madrid y en qué medida. Tal libro, fácil de escribir, constituiría uno de los más hermosos blasones del escudo de la Capital.

Si á todo esto se añade el *Asilo de Santa Cristina*, fundación que hará imperecedero el nombre de D. Alberto Aguilera, no ha lugar á duda que tenemos muy poco que envidiar á otros países en sentimientos humanitarios.

Mas ¿se ha concluido la obra? ¿No habrá más que hacer? Desgraciadamente sí. Existen aún cuatro vacíos que llenar, sobre los cuales voy á permitirle llamar la atención de los lectores de este ÁLBUM, pues viniendo á ser su conjunto campo fértil donde puede muy confiadamente plantarse y cosecharse mucho y bueno, abrigo la esperanza de que la semilla que lance en él fructificará más ó menos tarde.

Estos cuatro vacíos á que me refiero son: auxilio á las familias de los enfermos; cuidado á los convalecientes; construcción de un asilo para ineptos, y habilitación de viviendas higiénicas para pobres.

A poco que se fije la atención se comprenderá que tales vacíos están por llenar. En efecto; muchísimos trabajadores en sus mejores tiempos, ó sea cuando ganan su jornal, viven al día y no pueden ahorrar. ¿Con qué recursos habrán de satisfacer sus necesidades las familias cuando aquéllos enfermen, ya sean asistidos en los hospitales ó ya por los médicos de la beneficencia domiciliaria? Sólo empeñando cuanto tienen. Así se ven los barrios de los pobres llenos de casas de préstamos. Faltando, pues, á las familias el cabeza, ó lo que es lo mismo, el capital de cuyos intereses viven, es indudable que tanto número de enfermos pobres como haya, tantas familias habrá que necesitarán auxilio.

Hay un segundo contingente de necesitados del que nadie hace caso, pero que reclaman atención: es el de convalecientes.

Después de una enfermedad se les da el alta en los hospitales; pero ¿acaso están en aptitud de trabajar? No son enfermos, pero tampoco tienen fuerzas para el trabajo. Antes necesitaban médicos y medicinas, y después requieren cuidado y alimentación para reparar sus fuerzas y ser

miembros útiles á la sociedad y á sí mismos. ¿Dónde irán á procurarse esa reparación si no existe lugar á propósito? Hace falta, pues, un auxilio especial á los que fueron arrancados de las garras de la muerte, complemento de los hospitales que aún no ha tomado carta de naturaleza en nuestro país.

El tercer vacío lo desconoce afortunadamente la generalidad de las gentes, pero no por esto es menos digno de lástima y atención que los anteriores. Confieso que no hubiera imaginado su existencia á no haberme sugerido la idea el eminente Dr. Esquerdo, al que envío desde aquí público testimonio de agradecimiento por sus pruebas de consideración. Me refiero á la necesidad de crear un asilo para ineptos.

Hay un contingente de seres desgraciados que no se ve, pero que es pesada carga para multitud de familias. No tienen cabida ni en hospital, manicomio, escuela, correccional, ni en la cárcel. ¿Dónde colocarlos?

Estos desgraciados seres, azote de las familias que no pueden soportarlos, exige un asilo que, montado tal como dicho doctor aconseja, podría servir para ricos y pobres, sostenidos éstos por aquéllos.

Hay, por fin, otro horizonte donde ejercer la caridad, no practicado aún en España, y es el de la vivienda económica. En la actualidad, decir habitación de treinta reales al mes, es hablar de un antro donde no existe la noción de higiene, ni de moralidad, ni de nada bueno, porque no puede existir. Se habla de que el obrero no ama el hogar y se embriaga en la

taberna. Mas ¿cómo pedir al obrero amor al hogar, si la misma casa le echa fuera? ¿Cómo pedir moralidad, donde sexos, edades y vecinos distintos viven mezclados y hacinados? ¿Cómo pedir fuerza, si falta vigor, porque se carece de sol y de aire? Es imposible. Lo mismo sucedía en Londres años ha, y recuerdo que una dama inglesa, muy rica y caritativa, se dedicó, para remediar el

mal, á comprar casas viejísimas de aquella inmensa población, á precios naturalmente baratísimos, y valiéndose de un inteligente arquitecto, las iba reformando en términos tales, que de lo peor de la Metrópoli, logró hacer viviendas sanas, limpias, altamente higiénicas y confortables al alcance de lo mas mísero de la sociedad.

Esta solución y la dada por el célebre Peabody y cuantos le han seguido, haciendo, por el contrario, centenares de casas de nueva planta, con todas las condiciones que reclama la época, representando millonadas, han permitido resolver el problema de dar al pobre trabajador una vivienda sana, decorosa y confortable por poco dinero, viniendo á contribuir notablemente á la transformación de las costumbres y á la moralidad de las clases desheredadas.

Este problema, esta forma de hacer la caridad, se necesita practicarla en mucha parte de España, pero en Madrid es necesario en grado superlativo, y para convencerse, basta hacer una excursión por los llamados barrios bajos y por otros que están en lo alto.

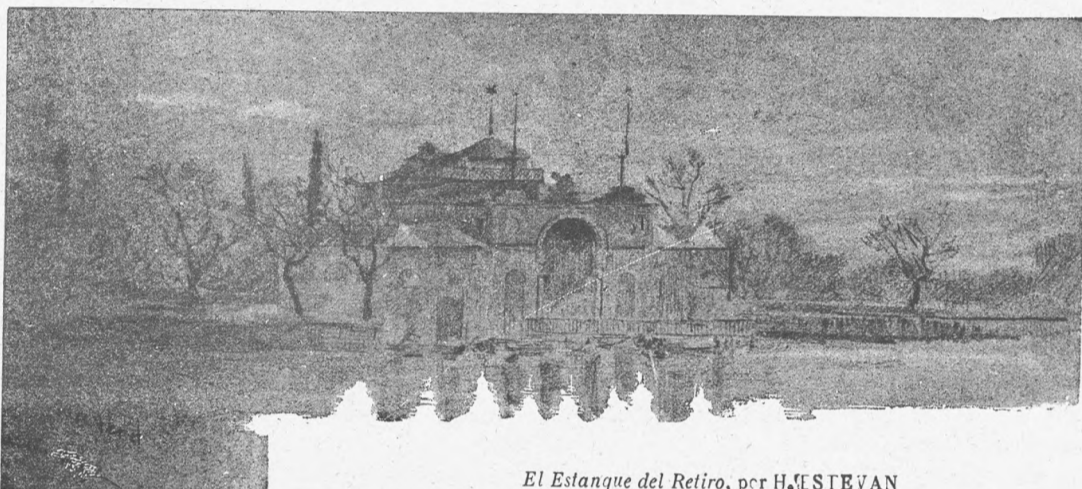
Fijense en los cuatro puntos mencionados aquellas personas á quienes la Providencia dotó de recursos, y si llenan alguno de los vacíos que he apuntado, sentirán satisfacción en su conciencia y recibirán las bendiciones de la pobre humanidad que sufre.

MARIANO BELMÁS, *Arquitecto.*

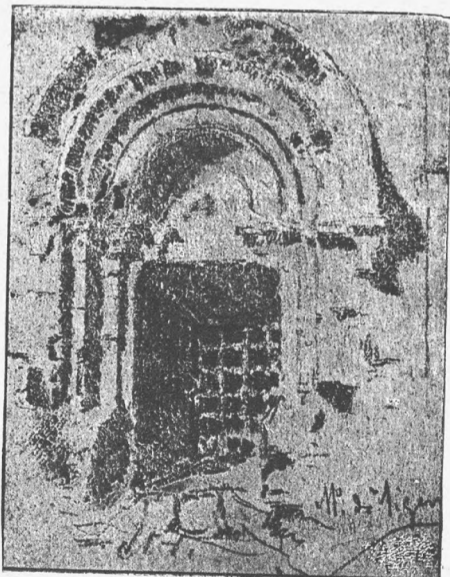
La Caridad es el sol que ilumina con sus esplendores la tenebrosa noche de la indigencia.

Hija predilecta de la Religión, une al rico y al pobre en fraternales lazos y los conduce bajo su amparo hasta las puertas del cielo.

RICARDO TORRES.



El Estanque del Retiro, por H. STEVAN





RICO Y POBRE

DOLORA

I

En suntuosa morada
Don Judas, el banquero,
de indigestión se muere,
porque comió langosta con exceso.

II

En humilde buhardilla
Jesús, el pordiosero,
casi de hambre se muere,
según dice el doctor López Moreno.

III

Así Luzbel potente,
á veces justiciero,
en el dolor iguala
al rico comilón y al pobre hambriento.

LUIS VIDART.

Tersa la frente, bellos los ojos,
dulce la risa, pura la faz;
pasa la vida buscando amores,
y pide besos y siembra flores
por donde va.

Salva torrentes, rompe las olas,
doma el incendio devastador;
caen en sus brazos los que perecen,
y á su presencia desaparecen
ruina y dolor!

Baja á la choza, sube al palacio,
horada el Etna, traspasa el Rhin,
en todas partes es viajera,
y su incansable tenaz carrera
no tiene fin.

Cruza el espacio; sólo por ella
no tiene puertas la inmensidad;
¡Dios la sonríe con santo anhelo!
¿Quién es el Hada de tierra y cielo:
¡La Caridad!

LUIS MARIANO DE LARRA.

SENTENCIAS

No es pobre el que tiene poco, sino el que mucho desea.

Si te ciñes á lo que la naturaleza pide, jamás serás pobre: si á las opiniones, nunca serás rico: la naturaleza con poco se contenta; á la opinión nada le basta.

La violencia á cualquiera sorprende: hallarás al mozo, al anciano, al de edad mediana igualmente temeroso de la muerte, é igualmente incierto de la vida. Ninguno cuida de vivir bien, sino de vivir mucho.

Los que no pueden carecer de las cosas á que están acostumbrados, son miserabilísimos, pues han llegado á estado de tener por necesario lo superfluo.

Apenas hallarás alguno que pueda vivir sin recatarse de otros... ¿Qué aprovecha esconderse, y evitar el que los hombres no le vean, ni oigan? La buena conciencia nada teme; la mala, aun en la soledad, está ansiosa y con remordimiento. Si es bueno lo que haces, sépanlo todos; si malo, ¿qué importa que ninguno lo sepa, sabiéndolo tú? ¡Ah, miserable de ti si menosprecias este testigo!

No apreciaré los hombres por los empleos, sino por las costumbres. Éstas cada uno se las adquiere; los empleos los da la casualidad.

¿Qué es la muerte? Fin, ó tránsito: no temo dejar de ser, pues es lo mismo que haber sido: ni el tránsito, porque en lugar alguno lo pasaré tan estrechamente.

El aparentar dolor, pide más dolor que el verdadero.

Hálleos la voluntad divina prevenidos y diligentes. El magnánimo es aquel que se da todo á Dios; y por el contrario, pusilánime y cobarde el que se le resiste, que se persuade está mal ordenado el mundo y quiere más bien enmendar á Dios que á sí mismo.

Nuestros vicios, porque los amamos, los defendemos, y queremos más bien excusarlos que defenderlos.

Entre las causas de nuestros males, una es que obramos como vemos á los otros; no vivimos como dicta la razón, sino la costumbre.

Nada me parece más infeliz que aquel á quien no le sucede nada de adverso.

Ocasión de la virtud es la calamidad; y así Dios á los que prueba, á los que ama, los amolda y ejercita. Pero á los que al parecer regala, disimula y trata blandamente, los reserva para los males venideros.

Preguntas cuál sea el modo de ser rico: lo primero, tener lo preciso; lo segundo, lo que baste.

Todos somos malos. Todo aquello que se reprende en otro, lo hallará cada uno, si lo busca, en sí mismo. Los malos entre los malos vivimos. Una cosa nos puede aquietar, y es que todos convengamos que unos á otros nos perdonemos.

Si antes empezáramos á juzgar que á enojarnos, disculparíamos á muchos.

Una cosa especial tiene la infelicidad continua: que á los que á menudo maltrata, al fin los acostumbra.

Advierte cuánto mayor es el número de pobres, que en nada les notarás, ni más tristes, ni más solícitos, que los ricos; por mejor decir, ignoro si por ello están más alegres, por lo mismo que se contentan con poco.

Quejarse del beneficio recibido, es señal de que no fué bien dado.

La embriaguez no causa los vicios, sino descubre los que había.

Creemos ver muchas cosas grandes, porque somos pequeños. Muchas tienen la grandeza, no de suyo, sino de nuestra pequeñez.

SÉNECA.



ARTE Y CORAZÓN

Traducción literal del autógrafo que ha tenido la bondad de remitir la eminente trágica Adelaida Ristori.



En Septiembre de 1857 tuve la fortuna de visitar por primera vez la soberbia capital de España, y el 16 por la noche comencé la serie de representaciones en el elegante teatro de la Zarzuela, con *Medea*, una de mis tragedias favoritas. Del entusiasmo de los madrileños obtuve cuanto difícilmente puede lograr una actriz. El teatro estaba conmovidísimo. La Reina Isabel, dotada de un fino sentimiento artístico, ocupaba su palco sin perder un gesto ni una mirada de los artistas, y prorrumpiendo á cada momento en las más vivas exclamaciones de entusiasmo. La noche siguiente di *Maria Stuardo*, de *Schiller*, traducida por *Andrés Maffei*, y después *Mirra*, de *Victor Alfieri*.

El 21 debía repetirse *Medea*, y por la noche me ocurrió un suceso interesantísimo, cuyo recuerdo llevo esculpido en la mente y en el corazón.

Fuíme al teatro á la hora acostumbrada y penetré en la sala de conversación (*saloncillo*) que precedía á los cuartos de los artistas. Mientras preparaba mi camarera lo necesario para vestirme, comenzamos los artistas y yo á repasar las mil curiosidades que en aquellos pocos días habíamos visto, así como las costumbres tradicionales de aquel hermoso país, que tanto sorprenden á quien las ve por vez primera.

—A propósito—dije yo—¿qué significará una campanilla que tocaba por la calle un individuo de una cofradía? Respondiéronme que aquello era para recoger limosnas para los sufragios por el alma de un reo de muerte, *Nicolás Chapado*, cuya sentencia debía ejecutarse al día siguiente. El infeliz era un soldado que en un momento de arrebató había puesto mano á su arma para acometer á un sargento que le había pegado en presencia de sus camaradas. Supe después que su pobre hermana, ignorante de lo ocurrido, encontrándose, por casualidad, en una tienda, vió al cofrade que recogía las limosnas, y preguntó el nombre del pobre reo que debía ser pasado por las armas al día siguiente: «Nicolás Chapado», la contestaron. A tan terrible anuncio cayó en tierra desmayada!

Este relato inundó mi corazón de tristeza. «¡Dios mío! exclamé; mientras estamos nosotros aquí esperando aplausos y triunfos, ese desgraciado cuenta los momentos que aún le quedan de vida!» Con el alma llena de melancolía entré en mi cuarto. Poco después dos personas solicitaron hablarme. «La Señora está vistiéndose», les dijeron, y viendo que era inútil insistir, expusieron á mi marido el motivo de su visita. Se trataba de aquel infeliz Chapado que querían salvar de la muerte. Mi esposo conmovido vino, y sin preámbulos, me dijo: «¿Sabes que un hombre condenado á muerte debe ser fusilado mañana?—Lo sé, respondí.—Pues bien, dicen que su vida está en tus manos, y si tú lo quieres, su perdón estará conseguido!» Al escuchar estas palabras palidecí... un sudor helado inundó mi cuerpo. «Has de saber, añadió, que una comisión ha venido á decírmelo hace un momento, y dentro de pocos minutos volverán esos señores. El soldado infeliz es un excelente muchacho; habla en su favor una vida irreprochable observada durante once años de servicio. Víctima de un acceso de cólera, porque el sargento, que le odiaba, le abofeteó injustamente en presencia de sus compañeros, Chapado no hizo sino poner la mano sobre su arma, bastando esto para ser condenado á muerte. La vida de ese hombre depende de la Reina. Dicen que te quiere mucho, y si tú le pides la gracia, no te la negará.»

—Mas la Reina me juzgará insensata, respondí acongojada. ¿Qué soy yo, en comparación con todos los que la suplican mutilmente? ¡Oh! ¡No me atreveré!

En tanto la comisión volvió á repetirme cuanto yo sabía. Yo, balbucía; no podía articular palabra por la gran emoción que me embargaba... ofrecí intentar lo que me pedían; pero me encontré de repente con una gran dificultad. El general Narváez,

Duque de Valencia, Presidente del Consejo de Ministros, era generalmente temido por su gran severidad, y por esto me suplicaron que hiciese una tentativa directa, sin que él lo supiera, á la Soberana. «¿Esto más? les respondí. Fuí recomendada al General, y en él encontré un hombre franco, leal, distinguido y amable, y tengo el deber de dirigirle mi súplica en primer término. La vía recta fué siempre la norma de mis acciones.—Pero Ud. pierde al desdichado reo, me dijeron.—¿No está ya quizás perdido?—repuse.—Nada peor puede ocurrirle; dejadme hacer.»

Y aquellos señores se retiraron silenciosos, convencidos anticipadamente del mal éxito de mis gestiones.

Afortunadamente el Presidente del Consejo estaba ya en el teatro. Le mandé un recado, suplicándole viniese un momento, y el Duque, siempre cortés, se apresuró á complacerme. Apenas me encontré sola con él le invité á sentarse. Mi aspecto y mi voz, que delataban la emoción que me poseía, impresionaron al General. «Me habéis dicho muchas veces que no sabría rechazar una súplica mía; tanta es la estimación que os dignáis concederme. ¡Perdón! ¡perdón! para ese pobre soldado. Soy extranjera; hace muy poco que me encuentro en Madrid, pero del interés que todo el mundo siente por ese joven, arguyo que lo merece. Me aconsejaban que me dirigiera á S. M.; pero convencida de que á Ud. debo dirigirme primeramente, lo hago, esperando que vuestro eficaz apoyo hará que mis palabras lleguen al corazón de la Reina. Notorio me es cuánto le estima, la confianza que en Ud. tiene en gracia de vuestra acreditada fidelidad á su persona y de los leales consejos que han conjurado tantos peligros al



Decoración de la zarzuela *Los Mostenses*, por L. MURIEL

Estado.—Señora mía, respondió el Duque, es imposible. Lo siento muchísimo; pero es preciso un escarmiento. Nuestras revoluciones comienzan casi siempre en el ejército. Hace poco tiempo ocurrieron hechos análogos. Se tuvo clemencia y estos son los resultados. Es preciso un escarmiento. El Ayuntamiento asediaba ahora mismo á la Reina para obtener la gracia, y yo la he aconsejado que no acceda ni se deje conmovir. Después de esto, ¿cómo puedo yo aconsejarla que haga ahora lo contrario?» Apurando toda la elocuencia del entusiasmo por mi pretensión llegué á interesar al Duque de Valencia. «Señora, exclamó conmovido: cedo á vuestro ruego. Escuchadme bien. Pida Ud. á S. M. una audiencia, que se os concederá en seguida, y os recibirá en un entreacto. Arrojaos á sus plantas, suplicad el perdón de ese desdichado con la elocuencia que usasteis conmigo... Suplicad... ¡La Reina os quiere tanto! Dudará... responderá que el Presidente del Consejo se opone; hacedme llamar; entonces yo acudiré y... tened esperanza. No os digo más.» La emoción, oprimiéndome la garganta, me impedía contestar á tales palabras. Le estreché la mano con entusiasmo y seguí sus consejos. Apenas el General salió de mi cuarto, rodeáronme todos, acosándome á preguntas.—¿Qué ha dicho? ¿Consiente? ¿Rehusa?—¡Silencio! ¡Silencio, por caridad!—Dejadme; nada puedo deciros. Esperad... esperad.



Después del primer acto de *Medea*, la Reina me concedió la audiencia, y acompañada de uno de mis empresarios, el Señor Barbieri, distinguido Maestro, entré en el palco regio. Tuve que esperar algunos minutos en el antepalco, cuando se escucharon voces confusas... llantos, correr la gente... Supe que uno de los ministros, antagonista

quería que de improviso se introdujese en el palco la hermana del pobre Chapado. No se logró este intento; pero la Reina, turbada por los llantos que había oído, se indispuso, en el delicado estado en que se hallaba, pues al siguiente mes nació el infeliz Alfonso XII. Apenas se repuso quiso verme. Se excusó de haberme hecho esperar. Todos los ministros la rodeaban. Sin perder tiempo me arrojé á sus plantas, la beso la mano y grito:—¡Señora, perdón para Chapado! Ha delinquido, es verdad; pero dignese V. M. juzgar benignamente á este infeliz, obcecado por la afrenta que injustamente se le hizo delante de sus camaradas. Conceded la vida á un soldado leal y valiente, pronto á derramar su sangre por su Soberana. Si mis pobres méritos tuviesen la suerte de alcanzar de V. M. la gracia que de rodillas imploro!... La Reina, conmovida, contestó: «Calmáos, señora, calmáos. Yo bien quisiera, pero el Presidente del Consejo asegura que...»

Me permití interrumpirla rápidamente diciendo: «Si V. M. se digna comunicar al Sr. Presidente los impulsos de su generoso corazón, él, que es tan humano, no tendrá ciertamente fuerza para oponerse.» Entonces el Duque se adelantó un paso, inclinando la cabeza en señal de asentimiento.—La Reina entonces, estrechándome la mano, me hizo levantar.—Y bien, señora, sí, me dijo, le perdonaremos.—Oyendo el estrépito que el público producía por la tardanza en comenzar el acto segundo, me despedí de Su Majestad con el corazón lleno de alegría.—¡Cuán diversas tragedias pasan aquí esta noche! S. M. me dijo.—He aquí una al menos que tiene un desenlace venturoso.

Después pidió una pluma y firmó el indulto: un ayudante de campo corrió á comunicarlo al reo.

El público me esperaba al pie de la escalera, por haberse extendido la noticia de mis propósitos cerca de la Reina. No bajé los escalones, volé... gritando: «¡Se concedió el indulto, se concedió el indulto.»

Al aparecer en escena estalló una tempestad de aplausos y de gritos. En el entusiasmo del público, el nombre de la Soberana se confundía con el mío.—Yo indicaba con mis gestos que á ella se debía la gratitud.—Y ella, siempre gentil conmigo, «No, no—exclamaba desde su palco,—á ella, á ella!...»

Debo á aquella Reina una de las escenas más memorables de mi existencia, y aquella pluma que firmó la gracia de aquel hombre valiente y honrado, y que me fué regalada, será para mis hijos santo recuerdo de una alegría inmensa que logró su madre.

*Melaine Pistori
del Grillo*

Roma

CARIDAD... POR CARIDAD

¡Caridad! Virtud bendita
que nadie cual yo respeta;
¡los pobres! seres muy dignos
de amor, si lo son de veras...

Yo en ayudarles me afano
y en aminorar sus penas,
porque soy caritativo
desde que vine á la tierra.

Por esto aplaudo, y me asocio,
en proporción á mis fuerzas,
á la grande y generosa
y caritativa idea,
que hará bendecir el nombre
de Don Alberto Aguilera.

Pero ¿por qué pensamiento
tan noble no se completa
haciendo una limpia ó *razzia*
con tantos pobres de pega,
que á los *Asilos* prefieren
las calles y las plazuelas?

Yo he llegado á ser el blanco
de tan infernal caterva,
y lo soy... y, por lo visto,
lo seré hasta que me muera,
si el Conde de Romanones
ó el Duque no lo remedian.

Tengo pobres abonados
á turno, que no me dejan;
siempre contándome historias,
que el demonio que las crea;

unos que no comen nunca,
otros que tan solo cenan;
padres que entierran sus hijos
no una vez, sino doscientas;
y se llaman *vergonzantes*
y se van á la taberna,
y luego hacen unas *eses*
que ni el mismo Iturzaeta.

Y no me sirve que ponga
cara de perro ó de fiera;
no, señor; todos los días
ese ejército me asedia,
y hasta que sacan tajada
para *cogerla*, no cejan.

Por esto pido al Alcalde
y á Don Alberto Aguilera,
que hagan también por las víctimas
del *sablazo*, lo que puedan.

¡Caridad... por caridad,
como Cristo nos enseña.—
Con que espero, señor Conde,
que para guardar mi hacienda
me envíe un guardia, ó si quiere
(mejor será), una pareja.

RICARDO SEPÚLVEDA.



Apunte, por J. MORERA

NIÑOS POBRES

Quando los prados se visten
de blanca y menuda alfombra
y silba el viento, arrancando
á los árboles sus hojas;
cuando la ruda tormenta
destruye las pobres chozas
y el relámpago desgarrar
con intervalos las sombras,
entre la voz imponente
de la tormenta horrorosa,
rezad, mis niños, al Cielo
para desarmar su cólera.

Vosotros, que halláis abrigo
en habitaciones cómodas;
vosotros, que de una madre
sentís posarse la boca
en vuestros rubios cabellos
inundándolos de aromas,
no olvidéis que hay muchos niños
sin madre, sin pan, sin ropas,
que se guarecen temblando
en cualquier vivienda lóbrega;
que tal vez cruzan las calles,
y tal vez, con voz medrosa,
solicitan vanamente
que les den una limosna.

Apiadáos del que sufre,
compadeced al que llora,
que, aunque envueltos en harapos
los que caridad imploran,
son hijos del Dios humilde